H. LEYVIK

EN LAS KÁTORGAS DEL ZAR

TRADUCCIÓN DEL YIDDISH
DE RHODA HENELDE Y JACOB ABECASÍS

BARCELONA 2025 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Af tsarisher katorge*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1958 by H. Leivick
Este libro ha sido negociado a través de Éditions L'Antilope, París
© de la traducción, 2025 by Rhoda Henelde Abecasís
y Jacob Abecasís Hachuel
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, prisioneros encadenados en Sajalín.
Fotografía para un reportaje de Antón Chéjov

ISBN: 978-84-19958-85-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 14 801-2025

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Nota de los traductores
7

Introducción
9

PRIMERA PARTE
En las kátorgas del zar
11

SEGUNDA PARTE
Por los caminos de Siberia
253

NOTA DE LOS TRADUCTORES

Kátorga es un vocablo ruso inseparablemente unido, desde fines del siglo XVII, al tiránico e imperial poder zarista. Proviene del griego *katergon* ('galera remada por esclavos') y se considera antecedente inmediato del gulag impuesto por el no menos tiránico poder comunista de la Rusia soviética, a partir de 1918. En ambos casos, tanto en las kátorgas como en los posteriores gulags, la más dura de las penas judiciales—a saber, la deportación, a menudo a perpetuidad, en las despobladas tierras de Siberia—iba precedida de varios años de trabajos forzados, es decir, no remunerados, en condiciones inhumanas de explotación y de maltrato. Este castigo condenatorio se aplicaba con frecuencia a los delincuentes comunes y, muy especialmente, a los presos por razones políticas.

En enero de 1905 estalló la llamada Primera Revolución Rusa, cruelmente aplastada en poco tiempo por las tropas del zar, y de cuyos rescoldos brotaría doce años más tarde la revolución bolchevique de octubre de 1917.

Leyvik Halpern, literariamente conocido como H. Leyvik, el mayor de nueve hermanos en un humilde hogar judío bielorruso sumido en un marco de privaciones lindantes con el hambre física, nació en 1888. Tras una educación primaria dentro de la ortodoxia judía del *jéder* y posteriormente de la *yeshive*, al llegar a la preadolescencia sintió una doble llamada: por un lado, la de la poesía—«el hormigueo en mi corazón por convertirme en poeta en lengua yiddish», lo que le llevaba a componer secretamente versos y hasta algún largo poema en un cuaderno que su irascible padre lanzó al fuego—y, por otro, la rebeldía tanto ante la miseria y la injusti-

cia social que le rodeaba como ante los crueles y a menudo mortales padecimientos a que eran sometidos los judíos de su entorno. «Quería la revolución. Quería cambiar el mundo. Un mundo nuevo». Al cumplir los dieciséis años, el joven Leyvik ingresa en el movimiento revolucionario de los trabajadores judíos (el Bund) y se une a las marchas de protesta política en las calles de Minsk. Pronto es detenido y juzgado severamente por un tribunal al que él se atrevió a increpar durante el proceso: «No soy yo quien debería estar sentado en este banquillo, sino quienes ahora me están juzgando, ustedes y todo su sanguinario poder zarista». La condena dictada al cabo de dos años de prisión provisional fue durísima, teniendo en cuenta su corta edad: cuatro años de trabajos forzados en kátorga, más el exilio a perpetuidad en Siberia.

Esos trágicos seis años, robados al autor en su plena juventud idealista, transcurrieron en sucesivas prisiones y el posterior traslado al exilio en Siberia, del que felizmente pudo escapar un año después, en 1913, con la ayuda económica de algunos camaradas de partido que, tiempo atrás, habían logrado emigrar a América.

Una vez en Estados Unidos, H. Leyvik, afectado muy pronto por una tuberculosis, logró sin embargo cumplir el sueño de su infancia: convertirse en autor de una prolífica obra poética y de un célebre drama versificado (*El Golem*), así como en el más premiado poeta yiddish y doctor honorífico por el Hebrew Union College norteamericano. A comienzos de 1958, coincidiendo con el avance de su enfermedad y la edición de su obra poética en dos volúmenes (*Lider tsum eybikn*, 'Poemas para la eternidad'), se sintió impulsado a componer el presente texto testamentario y autobiográfico de su juventud, *Af tsarisher katorge*. Casi cuatro años permaneció todavía en cama, prácticamente privado de movimiento y habla. El 23 de diciembre de 1962, H. Leyvik dejó de existir.

INTRODUCCIÓN

Más de una vez, a lo largo de los años, me ha asaltado la tentación de relatar ciertos episodios que marcaron mi vida como resultado de implicarme en la revolución proletaria rusa de 1905: primero en las cárceles y kátorgas del zar (1906-1912) y posteriormente durante mi deportación a Siberia (1912-1913).

Y cada vez eludí hacerlo. En lugar de ello, compuse poemas y obras dramáticas en los que, por otra parte, no dejan de ser perceptibles los ecos de aquellas experiencias. Sin embargo, contarlas directamente, es decir, como memorias en un plano autobiográfico, es algo que hasta ahora había evitado. Siempre me ha parecido que unos versos, una escena integrada en un drama o simplemente en un poema pueden transmitir la esencia de la experiencia personal con mayor acierto que una descripción detallada de los hechos.

Y sigo opinando lo mismo. ¿Por qué, entonces, me he decidido a recordar hechos pasados y a recogerlos en el presente libro? No logro dar con una explicación convincente de los motivos, excepto que desde aquellos hechos han transcurrido cincuenta años y, además, yo estoy a punto de cumplir setenta. Al parecer, números tan redondos como cincuenta o setenta sí que podrían constituir una justificación para intentar adentrarme en mis recuerdos.

En consecuencia, medio siglo después voy a escarbar bien hondo, por así decirlo, hasta aquella etapa de mi condena a trabajos forzados, para, en primer lugar, extraer de la memoria un episodio inicial enormemente peculiar, y a continuación encadenarlo con otros, con aquellos que has-

ta hoy día han perdurado ocultos en el interior de mi alma clamando con insistencia: «Libérate de nosotros».

He aceptado, al fin, ese ruego y me pongo a la tarea.

Todo lo que relato en las páginas que siguen ha sucedido en la realidad. Sólo los nombres de las personas han sido alterados, como también el orden de acontecimientos y lugares, a fin de no verme obligado, más tarde o más temprano, a ceñirme a ellos y tal vez a perder la libertad no sólo de seleccionar, sino, sobre todo, de iluminar con su propia luz interior los acontecimientos y los diálogos.

H. LEYVIK
Nueva York, 1958

PRIMERA PARTE

EN LAS KÁTORGAS DEL ZAR

I

En paralelo con los excepcionales acontecimientos que estamos viviendo hoy día,[1] tanto en el mundo judío como en el mundo en general—acontecimientos realmente trascendentes y cuya resolución final no parece clara—, afloran mis recuerdos de hace medio siglo.

Y me digo: «Adelante, cincuenta años constituyen realmente una fecha para destacar lo que entonces te sucedió, para que lo subrayes». Cierto es que los acontecimientos que ahora recuerdo difícilmente merecen ser designados a primera vista con ese nombre, porque en aquel tiempo, hace cincuenta años, casi no me sucedió nada extraordinario. A menos que el hecho de encontrarme en el interior de una pétrea mazmorra, yaciendo sobre el desnudo suelo de cemento, se considere un acontecimiento que valga la pena recordar cincuenta años después, revivirlo y transmitirlo.

Pues sí, ese hecho me salta ahora a la memoria y es para mí un recuerdo lacerante.

¡Cincuenta años han pasado! Y precisamente porque la situación mundial es tan candente y trágica, y de consecuencias impredecibles, me aferro a relatarlo, pese al largo tiempo transcurrido. Lo que pretendo con ello no es más que proyectar siquiera un reflejo de los cruciales desafíos a los que se enfrenta el hombre de hoy, en esencia, los eternos desafíos humanos, no lo olvidemos.

[1] El autor hace referencia a finales de la década de 1960. (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de los traductores*).

Ciertamente lo que me sucedió aquella noche podría ser considerado una minucia, porque ¿qué podría sucederle a un joven, preso político desde hacía tres años, que intentaba conciliar el sueño, tumbado sobre el catre de una prisión del zar y cubierto con el capote carcelario?

Mi juicio ya había tenido lugar y había sido condenado a cuatro años de trabajos forzados. Desde entonces, mis pies estaban atados con cadenas.

Y aquella noche sólo era una noche más en prisión, como las transcurridas hasta entonces. Acostado en mi catre, intentaba quedarme dormido sin conseguirlo.

Y pensé: «Tal vez debería intentar de nuevo el truco de quitarme las cadenas de los tobillos, dejarlas tapadas por el capote al lado de las piernas, pasar la noche con los pies libres y por la mañana colocármelas de nuevo».

¿Puede esta idea calificarse como un acontecimiento? Una noche lo había conseguido. Y me dije: «Voy a repetirlo».

Sólo que esta vez no lo logré. La puerta de la celda se abrió de pronto, entró inesperadamente el guarda y vio, al borde del capote que me cubría los pies, mi treta. Acto seguido, me condujo a la mazmorra en la que ahora me encuentro.

Cuando haya cumplido mi castigo en este lóbrego recinto, dentro de una semana aproximadamente, de nuevo me encadenarán y me devolverán a mi celda.

¿Puede esto calificarse de acontecimiento? Desde luego que no. Unos minutos había durado todo: desde la entrada del vigilante en mi celda hasta que fui conducido a la mazmorra.

La mazmorra estaba ubicada bajo el edificio de la prisión. Muy profunda en la tierra, varios pisos debajo. Unas interminables escaleras llevaban hasta allí. Oscuridad seguida por más oscuridad, hasta que se llegaba a la tétrica negrura del sótano, para la cual no existe nombre. Desde

que sentí que el vigilante me agarraba en la madrugada, medio desnudo, hasta que llegué a la pesada puerta de hierro de la mazmorra, no transcurrieron más de diez minutos.

Una vez que abrieron la puerta de la mazmorra mediante una enorme llave, fui empujado al interior. En la oscuridad, tropecé contra una pared, pero aún no era ésa la auténtica entrada en la oscuridad. Había otra, aún más profunda. Fui empujado hasta el umbral de otra puerta de acero que no permitía el paso de la más mínima luz.

Me arrojaron al interior. Oí el portazo y después otro más, el de la puerta del pasillo; luego, el atranque del cerrojo, y ahí terminó todo, silencioso, sepulcral, oscuro. Nunca en mi vida me había encontrado con ese espesor de tinieblas, el espesor de una noche eterna, profunda.

No imaginaba que pudiera existir una oscuridad tan intensa. Al principio pensé que mis ojos la atravesarían, pero no fue así. Fue ella, la oscuridad, la que me atravesó, punzante, pegadiza y plúmbea. Me asestó un golpe en ambos hombros y sobre la cabeza. Me lanzó sobre una piedra gélida. Caí de bruces y enseguida me di la vuelta, boca arriba, estirado y medio desmayado, no tanto por el golpe o el frío como por el sofoco del aire que llenaba aquella extraña y pequeña sepultura, y que me asfixiaba.

No sé cuánto tiempo pasé tumbado en ese estado de semiinconsciencia, luego mis pulmones comenzaron a acostumbrarse poco a poco a la atmósfera rancia y fría, y mis ojos a la increíble tiniebla.

El primer espanto, de un modo u otro, pasó. Me incorporé y, al sentarme, me di cuenta de que estaba vestido muy someramente, sólo con la ropa interior de algodón de cualquier prisionero. El vigilante ni siquiera me había dejado el capote ni, desde luego, una alfombra con que cubrir el suelo o una manta con que taparme. En fin, así era la mazmorra, un búnker de piedra, sin día ni noche, sin tiempo ni sonido.

Acababa de cumplir veinte años. Ya había pasado penurias cuando me encerraron en la cárcel de Minsk, en una celda con ventana de barrotes. Aquello fue, pese a todo, soportable. Había paredes, había otros presos, había un jergón y una puerta atrancada con cerrojo. Y, sobre todo, entraba algo de luz a través de la pequeña ventana y se veía lo que era cada cosa.

Hasta que no experimentas la oscuridad en pleno día no sabes, no tienes idea, de lo que significa palpar su negritud.

Aún no tengo fuerzas para ponerme en pie. Siento náuseas y vértigo. Sin embargo, no debería quedarme tendido, porque me arriesgo a no poder levantarme nunca más. Me lo digo en voz alta: «Tienes que ponerte en pie. Prohibido quedarse tumbado. Tienes que superar las náuseas». Al decir esto, siento curiosidad por saber si mi voz ha sonado en ese ahogo sepulcral. Como si estuviera bloqueada, apenas llega a mis oídos. Aun así, es mi propia voz y eso me reconforta. «Significa que alguien está aquí, tú mismo. Es decir, que estás aquí contigo mismo. Eres tú quien está sentado sobre el frío suelo de cemento, sin casi llegar a ver tus pies. No ves nada, pero sabes que estás sentado y estás logrando no caer hacia atrás, no tenderte de nuevo sobre el suelo».

Siento cómo el frío penetra en mis huesos, me empuja a ponerme en pie. Me agarro a una pared, la palpo en la oscuridad con ambas manos. No he necesitado buscarla mucho tiempo. Estaba muy cerca de mí, aunque sólo a tientas la he encontrado. Doy un paso hacia el lado contrario y enseguida topo con la pared de enfrente. Al extender ambos brazos toco una y otra pared. La mazmorra es tan estrecha que puedo caminar tocando ambos lados. Bueno, esto es una suerte, me digo.

Avanzo unos cuantos pasos para comprobar la longitud. De pronto, me invade un escalofrío. Me parece oír como si alguien estuviera raspando el suelo: ¡ratas! Me

estremezco. Si hay ratas aquí, seguramente no tardarán en atacarme. Me detengo, aguanto la respiración y espero. Espero y pienso: «No. ¡No son ratas! Es mi imaginación. Otro golpe de suerte. Hay muchas mazmorras que están plagadas de ratas. En verdad, es una gran suerte. ¡Casi me siento feliz!».

Me atrevo a seguir y a avanzar rozando con los dedos ambas paredes. Cuento alrededor de ocho pasos y ya toco la placa de acero de la puerta. Giro hacia el lado izquierdo y tropiezo con algo en un rincón del suelo: el cubo que sirve de letrina. Lo levanto y es ligero, así que debe de estar vacío. «Bien, también tengo suerte en esto», pienso. Sigo palpando la pared sobre el cubo y toco un segundo recipiente, una estrecha jarra de madera metida como dentro de un nicho. La agarro. Pesa un poco. La agito. Es agua. Me la acerco a los labios y lo compruebo. Sí, agua. Debe de ser mi ración de agua. Doy un profundo sorbo y me siento refrescado. Incluso un poco liberado del mal olor. Tanteo al lado, por si hubiera pan. No, pan no hay.

Esto significa que ahora ya conozco el tamaño de la mazmorra y lo que contiene. Puedo caminar ocho pasos a lo largo. Ida y vuelta, una y otra vez, para calentarme. Y lo consigo. Entro en calor.

No permito que me domine el miedo a que algo horrible me ocurra. «Aunque me resfríe, seguramente lo superaré. Y en ese caso, ¿qué puede importar? Incluso si me subiera la fiebre, no sería grave».

El tiempo es lo que más me importa. ¿Qué hacer con el tiempo? ¿Cómo pasar el tiempo? ¿Cuánto dura, dentro de la oscuridad, un minuto, una hora, cuando ya no existe el día ni la noche, y la idea de un reloj se convierte en inimaginable? ¿Será esto el vacío? No, no es el vacío. Entonces ¿qué es?

En realidad, no es esto lo que deseo saber, sino ¿qué es ahora? ¿La mañana? ¿Es de día, es de noche? Me parece que no

ha pasado mucho tiempo desde que me arrojaron al interior de esta mazmorra y entonces era de madrugada. Eso significa que ahora debe de ser por la mañana. Aun así, ¿quién sabe cuánto tiempo ha pasado hasta que comencé a orientarme? Me arrojaron en el suelo inconsciente y luego me levanté. ¿Unos minutos, unas horas? Tal vez veinticuatro horas.

¿Quiere esto decir que no existe el tiempo? En un estado de carencia de tiempo, uno puede volverse loco, me digo.

Empiezo a probar a traer a mi mente los acontecimientos de mi vida. Pero ¿por qué irme tan lejos? Lo que deseo recordar es la celda de allá arriba, de donde me sacaron de madrugada, y también a mis compañeros de la celda. Habíamos pasado tres años encerrados juntos.

Pero la mente no me obedece. Ni puede ni quiere pensar en cosa ni en persona alguna. Una única preocupación la absorbe: ¿qué hora es ahora? Daría quién sabe qué sólo porque me dijeran cuánto tiempo llevo encerrado en esta mazmorra. Cuánto tiempo he estado inconsciente desde el momento en que me lanzaron a esta reducida sepultura hasta que he empezado a dar paseos de ida y vuelta, con los brazos extendidos palpando ambas paredes.

Ésta es la única pregunta que atormenta mi pensamiento.

2

He vuelto a dar los ocho pasos una y otra vez, quién sabe cuántas veces. En realidad, a esto no se le puede llamar «caminar». Al principio con pasos cortos, cautelosos, como para evitar parecerme a un animal enjaulado. Luego he procurado ralentizarlos para obligarme a calmar el ánimo, a conectar de nuevo mi pensamiento con el hilo roto de mi vida, con los recuerdos de mi infancia, con los lejanos días de la *yeshive*, con mis experiencias dentro del movimiento

revolucionario y, más tarde, durante las horas de mi proceso, cuando en Vilna el tribunal del zar me juzgó por pertenencia a la Algemeiner Yidisher Arbeter Bund in Lite, Poyln un Rusland (Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia), conocida simplemente como Bund. Los recuerdos han empezado a acudir, pero alborotados, sin el orden ni la continuidad necesarios.

Me he preguntado, sorprendido: «¿Es concebible que, por encontrarte sumido en una espesa oscuridad y haber perdido la noción del tiempo, no puedas componer de nuevo el orden correcto del discurrir de tu vida? ¿Por qué la oscuridad ha de ser un obstáculo? ¿Y por qué debería molestarte que te impida saber qué hora es? ¿Por qué los ciegos sí son capaces de recomponer el orden de su vida y su pensamiento, sin que su ceguera sea un obstáculo? Imagina, pues, que te has vuelto ciego».

Las preguntas que me hago no me ayudan en absoluto. Y cuanto menos efectivas son, más persisto en intentar reconstruir la secuencia exacta de mi vida. Esta obstinación me agota: el deseado orden no llega.

Recurro a los dos poemas que estoy a punto de terminar en la época: *El alma del Guehenna* y *Las cadenas del Mesías.* Son mis primeros intentos por escribir algo de cierta magnitud donde contar mis vivencias, tanto las ligadas a mis duros años de infancia como las relacionadas directamente con los primeros años en la cárcel. Todavía no tengo experiencia como escritor. Tampoco se ha publicado nada mío, de modo que no puedo hablar de relaciones con escritores, ni con la literatura yiddish del otro lado de los muros de la cárcel. El mundo literario se encuentra lejos de mí, aún más lejos que la propia libertad. En mi fuero interno, sin embargo, estoy profundamente convencido de que ese contacto llegará algún día. Por consiguiente, asumo con amor cada uno de mis difíciles intentos.

A fin de seguir el debido orden, comienzo a recordar los versos de los primeros poemas esbozados durante mi encarcelamiento. Trabajaba y los escondía en el interior de mi colchón de paja, sobre la tabla de aquella celda que ahora añoro casi como un paraíso perdido. Los iré recitando de memoria a fin de añadir los versos que entonces no escribí y que ahora deberían acudir a mi mente.

Precisamente sumergido en esta oscuridad se me ocurre que éste podría ser el mejor lugar para lograr la inspiración de nuevos versos, para añadir nuevas líneas a lo ya escrito. «¡Despliega toda tu energía!—me digo—. Libérate del tormento físico y de la náusea! Ése es el nivel al que debe llegar y aspirar un poeta. Ése es el nivel… ¡Sigue en pie! ¡No vuelvas a sentarte!».

Y en ese instante me sucede algo inesperado. De repente, recuerdo ciertos acontecimientos de mi infancia, cuando tenía siete años y llevaba dos como alumno del *jéder*. Antes de salir de casa cada mañana, alrededor de las ocho y media, mi tarea durante el verano consistía en llevar nuestra vaca al mercado. Allí se juntaban todas las vacas del *shtetl* y, una vez congregadas, el pastor se encargaba de conducirlas a un prado de las afueras.

Me encantaba cumplir con esa misión: levantarme muy temprano y ayudar a mi madre a dar de comer y beber a nuestra vaca de piel blanca con motas negras. La vaca reaccionaba a continuación a un breve guiño y entendía que debía dar la vuelta, salir del patio y, caminando con pesadez a lo largo de la calle, llegar hasta el mercado. La vaca caminaba delante y yo iba detrás de ella, con una fina vara en la mano que casi nunca tuve necesidad de utilizar. Sentía un inmenso placer yendo detrás de la vaca como un verdadero pastor, sobre todo en las mañanas luminosas, cuando las calles y callejuelas aún se hallaban medio vacías y el sol proyectaba sus primeros rayos. El fresco rocío que bañaba

las casitas comenzaba a desvanecerse, y las copas de los árboles quedaban al descubierto en los no muy lejanos bosques que rodeaban el *shtetl*.

La vaca avanzaba y yo la seguía. Sí, como un pastor, exactamente como acabábamos de leer en el Pentateuco. Mi corazón rebosaba de alegría.

Cierto día me sucedió algo especial. Yo seguía a la vaca paso a paso, con idéntica dignidad y sosiego que ella. De pronto, tuve la sensación de que mis pies no caminaban sino que corrían, y mi cuerpo entero se desplazaba a una velocidad sobrenatural, con la ligereza de una pluma, como si de pronto los pies ya no rozaran los adoquines de la calle. Me sobresaltó la extraña sensación de velocidad que dominaba mis miembros. Me detuve un instante a observar. Tal vez estaba corriendo de verdad. Pero no. La vaca caminaba despacio como siempre, y yo detrás de ella. Entre ella y yo se mantenía la misma distancia. La longitud de mis pasos era la de siempre. ¿Qué sentido tenía detenerme? Ninguno. La sensación de velocidad me dominaba cada vez más. Caminaba, pero en realidad corría, volaba. Aun sabiendo que iba despacio, tenía la impresión de ir flotando en el aire gracias a unas ligeras alas. Qué extraña sensación la de estar partido en dos. Me producía miedo, pero al mismo tiempo una extraordinaria alegría me llenaba de felicidad. ¿Cuánto duró esa sensación? Un par de minutos, no más, porque ya había llegado al mercado, una vez cumplida mi misión de pastor, y regresaba a casa. En el camino de vuelta a mi hogar eso no me sucedió nunca. Sólo cuando iba con la vaca al mercado. No cada mañana, pero sí un gran número de veces a lo largo del verano.

Nunca lo comenté en casa a mis padres. Era un secreto. Al parecer, no era algo que me asustara. Sentía que no había nada de malo. Quizá pensaba que se reirían de mí si contaba que caminaba despacio y corría a la vez.

Esta insólita experiencia de transformación de lentitud en rapidez duró unos dos años. Después desapareció por completo. Incluso la había olvidado y ¡vaya… de pronto aquí está! Ha regresado a mi mente justamente dentro de la mazmorra, después de por lo menos doce años. No sé cómo, ni tampoco por qué. De repente ahora, mientras iba y volvía en el lóbrego recinto, ha regresado el vívido recuerdo de aquellas mañanas en que llevaba la vaca al mercado. Y junto con el vívido recuerdo, la sensación de estar corriendo.

Ahora sí que me he asustado. Una mazmorra no es precisamente una luminosa calle del *shtetl* por la mañana, ni tampoco la blancura del rocío sobrevuela ahora mi cabeza. Entonces, ¿por qué me he acordado de ello? ¿Y cómo es que ese recuerdo parece tan real? No hay mañana alguna, ni vaca de piel blanca con motas negras, ni calle ni mercado. Y, no obstante, la aceleración de mis pasos, e incluso la sensación de volar, para que no falte nada, son exactamente como entonces. No estoy pisando el duro y frío cemento de la mazmorra, sino que, como flotando en el aire, apenas rozo el suelo. Incluso la oscuridad de pronto parece diferente: ya no es negra como el alquitrán, no es de una pieza, sino que forma una especie de lunares grandes, desperdigados, mezclados unos con otros, como ruedas que giraran vertiginosamente alrededor de mis ojos. ¿Cómo es posible que aparezcan esos colores en las tinieblas de la mazmorra?

Me apoyo con fuerza en las paredes, deteniéndome entre un paso y otro, con el fin de convencerme de que no estoy corriendo, de que apenas puedo mover los pies. Pero de nada sirve. El nítido recuerdo de aquella precipitación infantil me domina cada vez más. Y, extrañamente, mi miedo se desvanece y comienza a invadirme una apacible serenidad. Me atrevo a no detenerme, a volar, sin más. Me de-

cido incluso a no extender los brazos a ambos lados para tocar las paredes. ¡Las paredes han desaparecido! Lo que queda es una profunda lejanía, y dentro de ella me desplazo, sin pisar el duro cemento…

Súbitamente, no sé cuánto tiempo después, oigo como a través de un sueño algo parecido al chirrido de una llave en el lado donde se halla la puerta. Antes de poder reaccionar para asegurarme de qué se trata, el chirrido ya se ha desvanecido. Y me parece sentir por encima de mí una respiración jadeante, al mismo tiempo que el contacto de unos pies que topan con mi cuerpo, sentado sobre el suelo en uno de los rincones.

—¿Hay alguien aquí?—exclamo con asombro.

—¡Por supuesto! ¿Dónde si no?

Es una voz adulta y áspera.

—¿Quién es?

—¿Quién va a ser? El conde Potocki, no; puede estar seguro. Ese maldito vigilante me arrojó aquí sin prevenirme de que ya había otra persona dentro. ¡Maldito hijo de perra!

3

La voz que me sorprendió hizo que me incorporara levemente. Me deslicé al rincón hasta apoyar la espalda en ambas paredes. Aquella voz me animó, pese al áspero tono. Enseguida adiviné que era la voz de un preso por delitos comunes, no de un preso político.

Ese modo de hablar abierto, desnudo, a menudo vulgar, de los presos comunes me resultaba conocido, bien conocido de mi ya larga estancia en la cárcel. Incluso podría calificarlo de familiar, pues ya me había adaptado a él, aunque sólo al tono de voz y no, ciertamente, a las groserías o la vulgaridad en el habla o la escritura, ni mucho

menos a las alusiones y las expresiones malsonantes. Incluso el habla soez y las obscenidades contra la gente culta, o contra los valores de la familia y la religión, pronunciadas por un preso común entre las paredes de una celda, adquirían el tono de una profanación casi justificada. Al preso común no le quedaba más arma contra el mundo y su orden que su propio lenguaje. No había tenido contacto con los libros. Solía sentir aversión, y hasta un afilado odio, hacia el conjunto de procesos sociales y culturales de la sociedad que le rodeaba. Su particular lenguaje, entonces, se convertía para él en el mayor regalo que había recibido y que nadie le podía arrebatar, salvo que el castigo consistiera en cortarle la lengua. Mientras no fuera así, eso le proporcionaba el mayor don de libertad para hacer lo que su corazón deseara, y lo utilizaba. Con la palabra podía destruir cincuenta mundos en una hora, a veces incluso en un minuto; profanar a los padres, a los abuelos, a Jesús, la cruz y hasta a la Santa Madre; profanar el cuerpo humano, todos sus miembros, todas sus venas, hasta el más diminuto vello de la piel humana. Maldecir las estaciones del año, haber nacido, haberse casado y hasta caer muerto. Maldecirlos y añadir, además, multitud de calculados detalles.

Si uno se acostumbra a ese modo brutal de hablar, termina aceptándolo como casi normal, incluso si tiene la precaución de no contagiarse de ciertas expresiones. Lo cual, por cierto, no siempre se consigue. De pronto, alguna de ellas se ha infiltrado en tu boca y tienes que cuidar precisamente la lengua, aunque en tu fuero interno, en la esencia de tu pensar y sentir, no haya llegado a instalarse. Aun así, hay que andarse con cuidado.

De modo que aquella voz, que inesperadamente oí encima de mí, pertenecía a un preso común que fue arrojado a mi celda para compartir el mismo castigo que yo, y con-

vertirse en mi vecino invisible dentro de la agobiante oscuridad.

Había tropezado con mi cuerpo sentado en el suelo y casi me pisó con ambos pies. Seguro que el vigilante no le advirtió de que aquí ya había alguien. Tal vez disfrutó con la broma: arrojarlo encima de otro preso para que chocaran entre sí de frente o de espaldas. O tal vez no pensó en ello siquiera.

De modo que, por la voz y las primeras palabras de mi inesperado vecino, enseguida supe que no se trataba, a diferencia de mí, de un preso político. También detecté que no era un hombre joven, desde luego no de diecinueve años, como yo. Ninguna de las dos cosas, sin embargo, me molestó. Por el contrario, me alegró que otro ser vivo se encontrara a mi lado. Un hecho inesperado. Muy inesperado, pues lo habitual del castigo en mazmorra era el aislamiento absoluto.

—¡Qué canalla!—no paraba de exclamar mi nuevo compañero de mazmorra—. Las celdas ya están atestadas, llenas a rebosar, y en cada una continúan amontonando más presos. ¡Así les revienten los intestinos, los riñones y las posaderas! Creo que le he pisado al entrar. Disculpe. Le ruego que me disculpe.

Esas palabras, «disculpe» y «le ruego», no eran algo que se oyera a menudo en el habla carcelaria. Me invadió enseguida una extraña curiosidad, unida a una sospecha: «¿No se tratará de uno de esos pelmazos de las cárceles a quienes les divierte gastar bromas?».

—¿Por qué pide usted perdón?—pregunté.

—Es que le he pisado—respondió, y comenzó a toser.

—En una oscuridad como ésta resultaba inevitable—balbuceé.

—Usted es preso político, ¿no? Y, además, muy joven, ¿no es así? ¿He acertado?